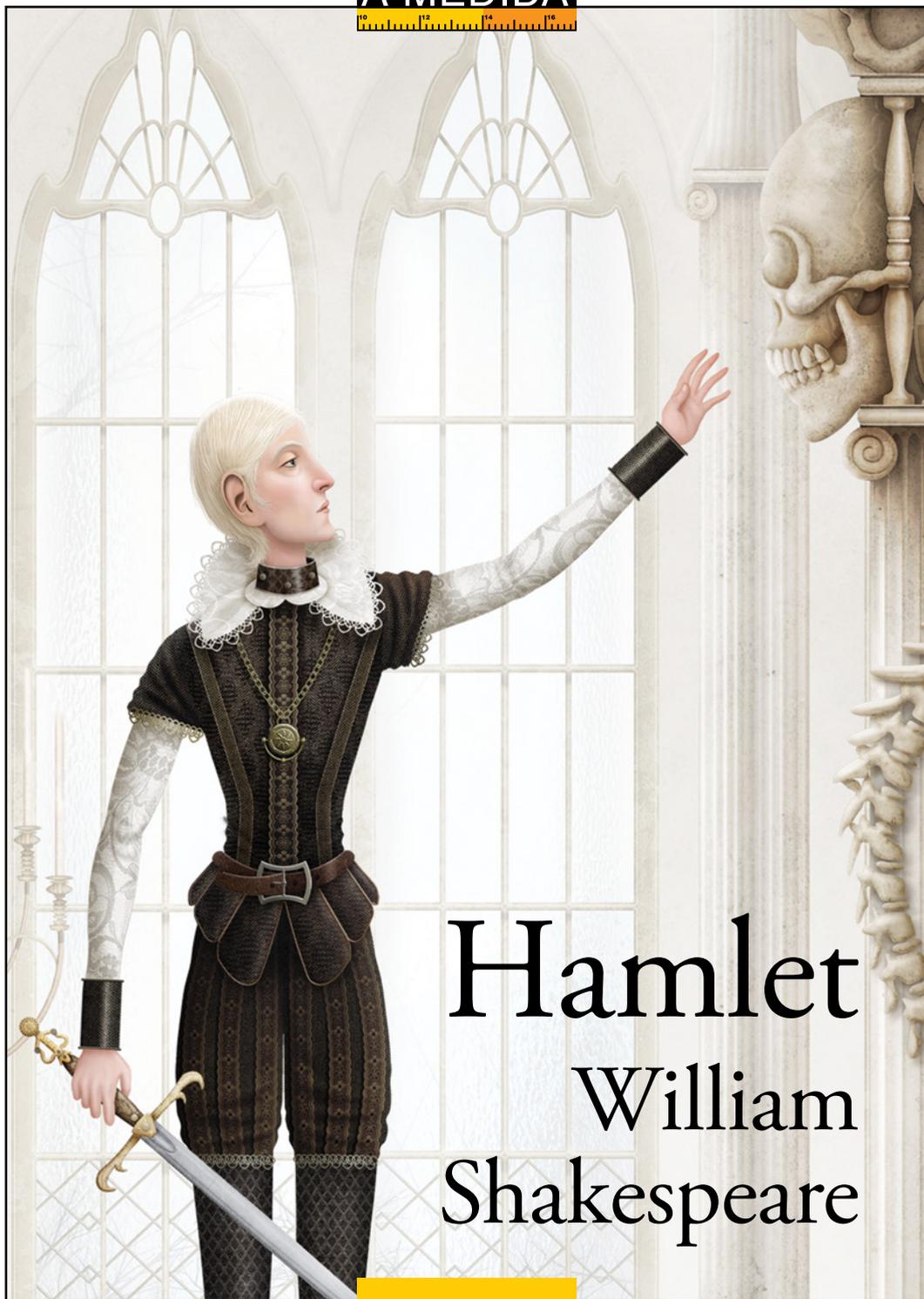


CLÁSICOS
A MEDIDA



Hamlet

William
Shakespeare

ANAYA

CLÁSICOS
A MEDIDA

Hamlet

William Shakespeare

Adaptación de Lourdes Íñiguez
Ilustraciones de Óscar T. Pérez

ANAYA

Para la explotación en el aula de esta adaptación de *Hamlet*, existe un material con sugerencias didácticas y actividades que está a disposición del profesorado en cualquiera de las delegaciones de Grupo Anaya y en www.anayainfantilyjuvenil.com

e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

© De la adaptación, introducción, apéndice y notas: Lourdes Íñiguez, 2016

© De la ilustración: Óscar T. Pérez, 2016

© De esta edición: Grupo Anaya, S. A., 2016
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid

Diseño: Javier Serrano y Miguel Ángel Pacheco

Primera edición, febrero 2016

ISBN: 978-84-698-0842-9

Depósito legal: M-293-2016

Impreso en España - Printed in Spain

Las normas ortográficas seguidas son las establecidas por la Real Academia Española en la *Ortografía de la lengua española*, publicada en el año 2010.

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ÍNDICE

Introducción	5
Primer acto	19
Segundo acto	43
Tercer acto	61
Cuarto acto	87
Quinto acto	109
Apéndice	133

Hamlet



PERSONAJES

CLAUDIO: rey de Dinamarca.

HAMLET: príncipe de Dinamarca, hijo del rey difunto y sobrino del actual.

GERTRUDIS: reina de Dinamarca y madre de Hamlet.

POLONIO: gran chambelán¹.

LAERTES: hijo de Polonio.

OFELIA: hija de Polonio y amada de Hamlet.

HORACIO: amigo y compañero de estudios de Hamlet.

VALTEMAND: embajador en Noruega.

CORNELIO: embajador en Noruega.

ROSENCRANTZ: cortesano y compañero de estudios de Hamlet.

GUILDENSTERN: cortesano y compañero de estudios de Hamlet.

ESPECTRO: fantasma del padre de Hamlet.

OSRIC: cortesano.

MARCELO: soldado.

BERNARDO: soldado.

FRANCISCO: soldado.

FORTIMBRÁS: príncipe de Noruega.

REINALDO: criado de Polonio.

UN SACERDOTE.

ACTORES.

DOS SEPULTUREROS.

UN CAPITÁN NORUEGO.

EMBAJADORES DE INGLATERRA.

DAMAS, CABALLEROS, SOLDADOS, MENSAJEROS, MARINEROS Y CRIADOS.

¹ Chambelán: del francés *chambellan*. Jefe de la Casa Real o del Gobierno.



ESCENA I

Castillo de Elsinore (Dinamarca). Es medianoche. Como en días anteriores, durante su guardia en las almenas, dos centinelas ven un fantasma que tiene el aspecto del difunto rey Hamlet. Se lo cuentan a Horacio, amigo del príncipe Hamlet, quien opina que su presencia anuncia una guerra con la enemiga Noruega, y deciden decírselo al príncipe.

El soldado FRANCISCO, armado, hace la guardia. Entra BERNARDO, otro soldado armado, y se acerca en la oscuridad. Una campana da las doce.

BERNARDO.—¿Quién está ahí?

FRANCISCO.—No, contesta tú. Párate y di quién eres.

BERNARDO.—¡Larga vida al rey! Soy Bernardo.

FRANCISCO.—Llegas puntual.

BERNARDO.—Son las doce justas. Vete a la cama, Francisco.

FRANCISCO.—Gracias. Hace un frío que cala hasta los huesos.

BERNARDO.—¿Has tenido una guardia tranquila?

FRANCISCO.—No se ha movido ni un ratón.

BERNARDO.—Muy bien. Buenas noches. Y si ves a Marcelo, mi compañero de guardia, dile que se dé prisa.

Entran HORACIO y MARCELO.

FRANCISCO.—Creo que le oigo. ¡Alto! ¿Quién va?

HORACIO.—Amigos de esta tierra.

MARCELO.—Y súbditos del rey.

FRANCISCO.—Que paséis buena noche.

MARCELO.—¡Adiós, honrado soldado! ¿Quién te ha relevado?

FRANCISCO.—Bernardo queda en mi puesto. (*Sale*).

MARCELO.—¡Hola, Bernardo!

BERNARDO.—Di, ¿qué hace Horacio aquí?

HORACIO.—Un pedazo de él. ¿Qué? ¿Ha vuelto a aparecer esa cosa otra vez esta noche?

BERNARDO.—Yo no he visto nada.

MARCELO.—Horacio dice que esa visión es cosa de nuestra imaginación y que no debemos dejarnos dominar por ella. Pero es que la hemos visto dos veces. Así que le he pedido que nos acompañe esta noche, para que si se aparece de nuevo ese horrible fantasma pueda verlo con sus propios ojos y le hable.

HORACIO.—¡Bah! No aparecerá. Vamos a sentarnos y que Bernardo nos hable de él.

BERNARDO.—La noche pasada, cuando la campana del reloj daba la una...



MARCELO.—¡Calla! Mirad, ahí está otra vez.

Un fantasma aparece. Va vestido con armadura de la cabeza a los pies y lleva un bastón de mando.

BERNARDO.—Tiene el aspecto del rey muerto. Tú tienes estudios, Horacio, háblale.

HORACIO.—¿Quién eres tú que te muestras así en la noche, usurpando la figura de nuestro sepultado rey de Dinamarca? Por el Cielo, te conjuro a que hables.

MARCELO.—Se ha ofendido. Ved, se ha ido sin decir palabra.

El fantasma se desvanece.

BERNARDO.—¿Qué dices ahora, Horacio? Estás pálido y tiembles. ¿No es esto algo más que una fantasía nuestra?

HORACIO.—¡Santo Dios! Si no lo hubiera visto yo mismo, no lo habría creído.

MARCELO.—¿No es como el rey?

HORACIO.—Exactamente. Venía armado como cuando combatió contra el ambicioso rey de Noruega. Y tenía el mismo gesto airado que cuando destrozó a los polacos en sus trineos sobre el hielo. Es extraño.

MARCELO.—Lo mismo ha ocurrido las dos veces anteriores, a esta misma hora y durante nuestra guardia.

HORACIO.—Qué pueda significar esto no lo sé. Pero en mi opinión, presagia una mala tempestad sobre nuestro reino.

MARCELO.—Bien, ahora sentaos y que me diga quien lo sepa qué está pasando para que las guardias sean tan rigurosas una y otra noche, por qué se están preparando tantas armas, por qué se compran tantos instrumentos de guerra, se

funden tantos cañones y se reclutan tropas; por qué se nos carga de tan duro trabajo, que no paramos ni de día ni de noche y no descansamos ni el domingo.

HORACIO.—Yo lo sé. Al menos lo que se rumorea. Nuestro difunto rey, que se nos acaba de aparecer, fue desafiado a combate, como sabéis, por el orgulloso rey Fortimbrás de Noruega, y nuestro valiente rey Hamlet lo mató. Aquel, según dicta la ley, entregó con su vida al vencedor todas sus tierras, lo mismo que habría hecho nuestro rey en su caso. Ahora bien, su hijo, el joven Fortimbrás, inexperto y arrogante, ha reunido un ejército de malhechores hambrientos y pretende recuperar por la fuerza las tierras perdidas por su padre. Y ese es el motivo, a mi parecer, de nuestros preparativos, de nuestra vigilancia y de las prisas con que nos movemos en nuestro país.

BERNARDO.—Pues sí, esa debe de ser y no otra la causa de la aparición de la figura del rey armado: el anuncio de la guerra.

HORACIO.—Así es, su presencia es el prólogo de los desastres que se avecinan. Lo mismo pasó en el más floreciente de los imperios, la antigua Roma, poco antes de que cayera el poderoso Julio César, las tumbas se abrieron y los muertos vagaron por las calles con sus sudarios, chillando y gimiendo. Igual hacen las estrellas con colas de fuego o los rocíos de sangre, que preceden a los terribles acontecimientos. Pero silencio. Aquí viene otra vez. (*Vuelve a aparecer el fantasma y extiende sus brazos*). Le cortaré el paso, aunque me fulmine. ¡Espera, ilusión! Si tienes voz, háblame. Si necesitas que se haga alguna buena obra para que consigas tu reposo, dímelo. Si conoces el futuro de tu país, para que podamos evitarlo, habla. O si tienes algún tesoro secreto escondido, por lo que se dice que muchos

espíritus erráis por la tierra, dínoslo. (*Canta un gallo*). Espera y habla. Detenlo, Marcelo.

MARCELO.—¿Le doy con mi maza?

HORACIO.—Si no se para, hazlo.

El fantasma desaparece.

MARCELO.—Se ha ido. Iba a hablar cuando el gallo cantó. Hicimos mal en mostrarle violencia, pues es invulnerable como el aire y nuestros golpes son vanos.

HORACIO.—Cuando cantó el gallo, se sobresaltó. He oído decir que el gallo es la trompeta de la mañana y con sus agudos sonidos despierta al dios del día. Ante su anuncio, todos los espíritus errantes que vagan por la tierra o el aire, el mar o el fuego, regresan a sus confines. Y lo que hemos visto demuestra que el dicho es verdad. Mirad, la mañana, vestida con su manto rojizo, camina sobre el rocío de esa alta colina del este. Terminemos la guardia y hagamos saber al joven Hamlet lo que hemos visto esta noche, pues, por mi vida, que presiento que este espíritu, mudo para nosotros, quiere hablar con él. Creo que debemos hacerlo por el afecto que le tenemos y porque es nuestro deber. ¿Estáis de acuerdo?

MARCELO.—Sí. Vamos. Sé dónde lo encontraremos. (*Se van*).

ESCENA II

Salón del trono en el castillo. Los reyes Claudio y Gertrudis están rodeados de sus consejeros y cortesanos. El rey justifica su matrimonio con la reina y explica los motivos de su enemistad con Noruega. Hamlet está presente muy afligido y ellos tratan de animarlo. Cuando todos se van, él se queda reflexionando. Su amigo Horacio entra a comunicarle su encuentro con el fantasma y el príncipe decide ir a comprobarlo.

Un toque de trompeta. Entran los reyes CLAUDIO y GERTRUDIS, su chambelán POLONIO con su hijo LAERTES y otros nobles, todos muy elegantes. Al final del cortejo viene HAMLET, vestido de negro. Los reyes ascienden a sus tronos.

REY.—Aunque todavía está reciente la muerte de nuestro¹ querido hermano Hamlet y nuestro corazón sufre por la pena, así como nuestro reino contiene su llanto, debemos pensar en nosotros mismos. Por eso hemos tomado por esposa a la que fue nuestra cuñada y nuestra reina, heredera de este valioso Estado, y ella ha aceptado con su ánimo dividido entre el dolor de los funerales y el deleite del nuevo matrimonio. Para hacerlo hemos contado con vuestros generosos consejos, por lo que os damos las gracias. Ahora pasemos al motivo de esta reunión: como sabéis, el joven Fortimbrás, estimando en poco nuestra valía o pensando que, tras la muerte del rey Hamlet, nuestro reino sucumbiría, no ha dejado de hostigarnos con mensajes en los que exige la en-

¹ El rey usa el plural mayestático para marcar su majestad, de ahí que diga «nuestro» en lugar de «mi» (hermano).

trega de las tierras que su padre perdió, de acuerdo con la ley, a favor de nuestro valeroso hermano. En consecuencia, hemos decidido escribir al rey de Noruega, tío del joven Fortimbrás, que se encuentra inválido en cama e ignora las pretensiones de su sobrino, para que le obligue a desistir de su empeño. Y os mandamos a vosotros, buen Cornelio y gentil Valtemand, para que seáis portadores de esta carta para el viejo rey, sin que vuestros poderes sobrepasen este asunto. Id con Dios y que vuestra presteza dé testimonio del cumplimiento de vuestro deber.

VALTEMAND.—En esto y en todo lo demás os mostraremos nuestra obediencia.

REY.—No lo dudamos. Recibid nuestra despedida cordial. (*Los embajadores hacen una reverencia y salen*). Y ahora, Laertes, ¿qué nuevas nos traes? Nos hablaste de una petición, ¿de qué se trata?

LAERTES.—Mi temido señor, solicito vuestro permiso para volver a Francia, de donde gustosamente vine para asistir a vuestra coronación. Cumplida mi misión, mi deseo es regresar. Me inclino ante vos y os suplico vuestra licencia.

REY.—¿Tienes el consentimiento de tu padre? ¿Qué dice Polonio?

POLONIO.—Lo tiene, señor. Me lo ha arrancado, tras su tenaz insistencia.

REY.—Entonces elige tú la hora, Laertes, y dispón de tu tiempo según tu voluntad. Y ahora mi sobrino Hamlet, mi hijo.

HAMLET.—(*Aparte*). No tanto hijo, como hijastro.

REINA.—Buen Hamlet, abandona tu aspecto sombrío y deja que tus ojos miren como amigo al rey de Dinamarca. No puedes estar siempre con los párpados bajos, añorando a tu noble padre. Tú sabes que es ley de vida que todo lo que

vive ha de morir, pasando a la eternidad a través de la naturaleza.

HAMLET.—Sí, señora, lo sé. Pero no es ya solo que mi apariencia es triste porque mis ropas son negras, mi rostro está abatido o de mis ojos fluye un río de llanto; es que, buena madre, mi interior está sobrecogido por el dolor.

REY.—Es muy encomiable por tu parte, Hamlet, exhibir tales muestras de luto por tu padre, pero debes saber que tu padre perdió a su padre y este al suyo, y un hijo tiene la obligación filial de manifestar su pesar durante un tiempo, pero mantenerse en una obstinada condolencia es oponerse a la voluntad del Cielo y es atentar contra los muertos, contra la naturaleza y contra la razón. Así debe ser. Por tanto, te rogamos que entierres tu aflicción y pienses en mí como en un padre. Y que sepa todo el mundo que eres nuestro favorito para heredar el trono y que te hablo con el más noble amor que un padre cariñoso pudiera hacerlo con su hijo. En cuanto a tu intención de volver a estudiar a Wittenberg, es muy contraria a nuestro deseo, y te pedimos que aceptes quedarte aquí, para alegría de nuestros ojos y como el más importante de nuestros cortesanos, como nuestro sobrino e hijo.

REINA.—No rechaces las súplicas de tu madre, Hamlet. Te ruego que te quedes con nosotros y no vayas a Wittenberg.

HAMLET.—Me quedaré y os obedeceré en todo cuanto pueda, señora.

REY.—¡Vaya! Esta es una amorosa y justa respuesta. Nuestro corazón sonrío. No beberá hoy el rey de Dinamarca sin brindar por ello. Que el gran cañón haga saber a las nubes nuestro contento. Vamos.



Esta es una de las obras más fascinantes de William Shakespeare y, sin duda, de la literatura universal. En ella se nos cuenta la historia de Hamlet, príncipe de Dinamarca, a quien el espectro de su padre muerto se le presenta para hacerle saber que ha sido asesinado por su hermano y le pide que se vengue. La obra se acoge a las modas de su tiempo y podemos definirla como una tragedia de amor, de odio y de venganza. Pero además es un drama existencial, que se proyecta más allá de su época para hacerse atemporal, porque refleja la angustia de un hombre arrojado a un mundo corrompido que no le gusta y que rechaza, pero del que no es capaz de liberarse.

